

SELVA ALMADA

El viento que arrasa

ficción





MARDULCE

© 2012 Selva Almada

© 2015 Mardulce

www.mardulceeditora.com.ar

© Guillermo Valdez fotografía de cubierta

Diseño de colección y cubierta: trineo.com.ar

ISBN: 978-84-942869-4-0

Depósito legal M-17284-2015

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin previo aviso a los titulares del copyright

Impreso en España. Printed in Spain

Trae el viento la sed de todos estos años.

Trae el viento el hambre de todos los inviernos.

Trae el viento el clamor de las cañadas, el campo, el desierto.

Trae el viento el grito de las mujeres y los hombres hartos de las sobras de los patrones.

Viene el viento con la fuerza de los nuevos tiempos.

Ruge el viento, arma remolinos en la tierra.

Nosotros somos el viento y el fuego que arrasará el mundo con el amor de Cristo.

1

El mecánico tosió y escupió un poco de flema.

-Tengo los pulmones podridos -dijo pasándose la mano por la boca y volviendo a inclinarse bajo el capot abierto.

El dueño del auto se secó la frente con un pañuelo y metió su cabeza junto a la del hombre. Se ajustó los anteojos de fina montura y miró el amasijo de hierros calientes. Después miró al otro, interrogante.

-Va a haber que esperar a que estos fierros se enfríen un poco.

-¿Lo puede reparar?

-Calculo que sí.

-¿Y cuánto va a tardar?

El mecánico se irguió, le llevaba dos o tres palmos, y levantó la vista. Faltaba poco para el mediodía.

-Para la tardecita, calculo.

-Tendremos que esperar acá.

-Como guste. Comodidades no hay, ya ve.

-Preferimos esperar. Si Dios nos ayuda por ahí termina antes de lo que piensa.

El mecánico se encogió de hombros y sacó un atado de cigarrillos del bolsillo de la camisa. Le ofreció uno.

-No, no, Dios bendito. Lo dejé hace años. Si me permite, usted debería hacer lo mismo...

-La máquina de gaseosas no anda. Pero en la heladera deben quedar unas latas si quieren tomar algo.

-Gracias.

-Dígale a la señorita que baje. Se va a asar adentro del auto.

-¿Cómo era su nombre?

-Brauer. El Gringo Brauer. Y aquel es el Tapioca, mi ayudante.

-Soy el Reverendo Pearson.

Se estrecharon las manos.

-Voy a seguir con otras cosas hasta que pueda ocuparme de su coche.

-Vaya, por favor. No se preocupe por nosotros. Dios lo bendiga.

El Reverendo fue hasta la parte trasera del auto donde su hija Leni se había sentado, enfurruñada, en el espacio mínimo que dejaban las cajas repletas de biblias

y revistas amontonadas sobre los asientos y el piso. Le golpeó la ventanilla. Leni lo miró a través del vidrio cubierto de polvo. Él tocó el picaporte, pero su hija había trabado la puerta. Le hizo señas para que bajara la ventana. Ella abrió unos centímetros.

–Va a llevar un rato hasta que lo arreglen. Bajá, Leni. Vamos a tomar algo fresco.

–Estoy bien acá.

–Hace mucho calor, hija. Te va a bajar la presión.

Leni volvió a cerrar la ventanilla.

El Reverendo abrió la portezuela del acompañante, metió la mano para quitar el seguro de la puerta trasera y la abrió.

–Bajá, Elena.

Mantuvo abierta la puerta del coche hasta que Leni bajó. Apenas ella se separó del vehículo, la cerró con un golpe.

La chica se acomodó la falda, pegada por el sudor, y miró al mecánico que la saludó con un movimiento de cabeza. Un muchacho que debía tener su edad, unos dieciséis años, los miraba con los ojos grandes.

El hombre mayor, a quien su padre le presentó como el señor Brauer, era un tipo muy alto, con unos bigotes colorados con forma de herradura que le bajaban casi hasta el mentón, vestía unos vaqueros engrasados y una camisa abierta en el pecho metida adentro del pantalón.

Aunque era un hombre que ya debía tener cincuenta años conservaba un aire juvenil, seguramente por los bigotes y el cabello largo hasta donde empezaba el cuello de la camisa. El chico también llevaba unos pantalones viejos y con parches en las perneras, pero limpios; una remera desteñida y alpargatas. Su cabello, renegrido y lacio, estaba prolijamente cortado y tenía la cara lampiña. Los dos eran delgados, pero con el cuerpo fibroso de quien está acostumbrado a la fuerza bruta.

A unos cincuenta metros se levantaba la construcción precaria que hacía las veces de estación de servicio, taller y vivienda. Detrás del viejo surtidor de combustible había una pieza de ladrillos, sin revoque, con una puerta y una ventana. Hacia adelante, en ángulo, una especie de porche hecho con ramas y hojas de totora daba sombra a una mesa pequeña, a una pila de sillas de plástico y a la máquina de gaseosas. Un perro dormía bajo la mesa, sobre la tierra suelta y, cuando los oyó acercarse, abrió un ojo amarillo y chicoteó la cola sobre el suelo, sin moverse.

-Dales algo de tomar -le dijo Brauer al chico que sacó unas sillas de la pila y les pasó un trapo para que ellos pudieran sentarse.

-¿Qué querés tomar, hija?

-Una coca cola.

-Para mí estará bien un vaso de agua. El más grande que tengas, hijo -pidió el Reverendo mientras se sentaba.

El chico pasó a través de las tiritas de plástico de la cortina y desapareció en el interior.

–El coche estará listo a la tardecita, si Dios quiere –dijo el Reverendo secándose la frente con el pañuelo.

–¿Y si no quiere? –respondió Leni poniéndose los auriculares del walkman que siempre llevaba enganchado en la cintura. Apretó play y su cabeza se llenó de música.

Cerca de la casa, hasta casi llegando a la banquina, se amontonaba un montón de chatarra: carrocerías de autos, pedazos de maquinarias agrícolas, llantas, neumáticos apilados: un verdadero cementerio de chasis, ejes y hierros retorcidos, detenidos para siempre bajo el sol abrasador.

2

Luego de varias semanas de recorrer la provincia de Entre Ríos –fueron bajando desde el norte por el margen del río Uruguay hasta Concordia y allí agarraron la ruta 18, atravesando la provincia justo por el medio hasta Paraná–, el Reverendo decidió seguir viaje hasta Chaco.

Se quedaron un par de días en Paraná, su ciudad natal. Aunque ya no tenía ni parientes ni conocidos pues se había ido de muy joven, cada tanto le gustaba pasar por allí.

Pararon en un hotelucho cerca de la antigua terminal de ómnibus, un sitio pequeño y deprimente con vista a la zona roja. Leni se entretenía mirando por la ventana el ir y venir cansado de prostitutas y travestis, vestidas con la ropa suficiente como para casi no tener que desvestirse cuando aparecía un cliente. El Reverendo,

siempre metido en sus libros y sus papeles, no tenía ni idea de dónde estaban.

Aunque no tuvo el valor de ir a ver la casa de sus abuelos, donde había nacido y se había criado junto a su madre, los dos solos –su padre, un aventurero norteamericano se había esfumado antes de su nacimiento con los pocos ahorros de sus suegros–, llevó a Leni a conocer un viejo recreo a orillas del río.

Pasearon entre los árboles añosos y vieron las marcas del agua en los troncos, muy arriba en los más cercanos a la orilla; algunos todavía tenían en las ramas más altas restos de resaca de alguna inundación. Almorzaron sobre una mesa de piedra y el Reverendo dijo que, de niño, había venido varias veces con su madre.

–Este lugar era muy distinto –dijo dándole una mordida al sándwich–. Los fines de semana se llenaba de gente. Ahora está descuidado.

Siguió comiendo y miró con nostalgia los bancos rotos, el pasto crecido y la basura que habían dejado los paseantes del fin de semana anterior.

Cuando terminaron de comer el Reverendo quiso meterse más adentro en el parque, dijo que había dos piletas de natación y quería ver si seguían allí. Al rato las encontraron. Por los bordes de cemento partido asomaban pedazos de hierro; los azulejos que tapizaban las paredes interiores estaban sucios de barro y faltaban varios

aquí y allá como si las piscinas, de viejas, hubieran perdido buena parte de sus dientes. El fondo era un pequeño pantano, un gran criadero de mosquitos y sapos que se escondían entre las plantas que crecían en el limo.

El Reverendo suspiró. Muy lejos habían quedado los días en que él y otros niños de su edad saltaban desde el trampolín y tocaban con los pies el fondo azulejado, dándose el impulso para romper con las cabezas la superficie clara del agua.

Se metió las manos en el bolsillo del pantalón y empezó a caminar lentamente por el borde de una de las piletas con la cabeza gacha y los hombros caídos. Leni miró la espalda encorvada de su padre y sintió un poco de pena. Supuso que estaría recordando días más felices, los días de la infancia, las tardes de verano pasadas en aquel sitio.

Pero enseguida dejó de tenerle lástima. Por lo menos él podía volver a lugares llenos de recuerdos. Podía reconocer un árbol y reconstruir el día en que él y sus amigos lo habían escalado hasta la copa. Podía recordar a su madre desplegando un mantel a cuadros sobre cualquiera de esas mesas ahora destruidas. En cambio ella no tenía paraísos perdidos adonde volver. Hacía muy poco que había dejado la infancia, pero su memoria estaba vacía. Gracias a su padre, el Reverendo Pearson y su bendita misión, sus recuerdos de la niñez eran el interior

del mismo coche, las habitaciones miserables de cientos de hoteles todos iguales, el rostro de decenas de niños que no llegaba a tratar el tiempo suficiente como para echarlos de menos al partir, una madre cuya cara casi no recordaba.

El Reverendo terminó de dar la vuelta completa y llegó justo a donde su hija seguía de pie, dura como la mujer de Lot, implacable como las siete plagas.

Leni vio que a su padre le brillaban los ojos y le dio la espalda rápidamente.

-Vamos. Este lugar apesta, padre.